

CAPÍTULO 1

MY WAY

Decálogo para llegar a ser marquesa by Rafaela Quero de la Rosa, mi madre: no abrazar, no besar, no invadir el espacio personal, entre otras. Un manuscrito que hubiera formado parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España (BNE).

Demostrar cariño en público, según mi madre, no era lo adecuado. Más bien, rozaba lo vulgar. «Aprendamos de la alta sociedad», decía.

Mezcla entre Geraldine Chaplin y Glenn Close, inclinación hacia una Close en *Atracción fatal*, por su habilidad para volver loco a cualquiera.

Más en concreto, volver loca a su hija. Yo.

Me hubiera abalanzado sobre Matías, como un felino sobre su presa, la primera vez que lo vi. No por algo tan primitivo como llevarle la contraria a mi madre, que también. Sino por el simple hecho de que hacía ocho meses y dos semanas que no cataba una presa viva. En este caso, un macho de treinta y pocos, de un metro ochenta y muchos.

Su pasión y dotes para tocar el piano la convirtieron en una profesora muy admirada en el Conservatorio Superior de Música de Madrid, lo que me arrastró hasta cumplir los seis años de curso. Por supuesto, no estaba al nivel de Rafaela «Mala digitación, mala postura», me recordaba con firmeza. Aunque yo disfrutaba, intentando tocar la banda sonora de mis películas

favoritas, sin la mirada/oído de una madre intransigente.

A veces soñaba con entrar de noche en la sala María Moliner, encontrar un Steinway de cola y tocar *Una Mattina*, mientras Ludovico me observaba desde un pupitre y aplaudía con ganas —ahí era más pequeña—. Con los años levantaba una copa de vino al finalizar, y años posteriores se convertía en un hombre de mi edad que me hacía el amor de forma apasionada tras deleitarse con mi música. El sueño fue cambiando, pero siempre había sala, Steinway y la *Mattina*. Por supuesto, mi madre nunca aparecía, hubiera destrozado el sueño.

Sin piano, sin ruido, con mi madre y mis libros, sí había disfrutado de la sala.

Me fascinaba la biblioteca, un sitio que le daba forma a miles y millones de información a través de folletos, revistas, impresos antiguos, diarios, registros sonoros, audiovisuales...

Rafaela, como bibliotecaria de la BNE, me había dado la oportunidad de estar allí, siempre, con unas instrucciones previas muy claras. Puedo decir que era una afortunada, y ya puestos, ella, también, yo siempre cumplía las órdenes. La más básica: no hablar.

A mi madre le gustaba mucho Matías.

Le gustaba —como otros previos— para salvarme de la soltería, de la resaca de los domingos, de la apatía y de ser devorada por pastores alemanes. Caderas apetitosas, pelvis ancha y grasa de más, así me veía ella.

Era el sobrino de un compañero del conservatorio y lo había visto en un par de ocasiones.

—Hay un chico que me gusta para ti, Fica.

Me daba escalofríos el pensar que mi madre estaba siendo la única opción de encontrar pareja. Teniendo en cuenta que

mis últimas citas fueron el hijo de la de archivos de la BNE, y el amigo del sobrino de una amiga de la familia.

A ambos los hubiera envasado al vacío juntos, para que el acento francés del salido amigo del sobrino de Pita le hubiera dado un poco de sabor al soso de la de archivos. Y no es que yo no estuviera salida en aquel momento, ni que fuera la más graciosa del lugar, pero todo tiene su límite.

La verdad es que con Matías iba bien encaminada.

A pesar de tener que fortalecer mi físico —mi nariz en el gimnasio no tenía remedio—, decidí pasar la tarde en el Reina Sofía. «Tus tardes de Guernica no afinaran tus caderas», frase típica de mi madre.

Rafaela y su refuerzo de autoestima.

Pude alargar la visita hasta el límite teniendo en cuenta la distancia tan corta que había entre los dos edificios. Había quedado con mi madre a los ocho en la puerta del conservatorio.

Mientras la esperaba —algo muy inusual, debido a su puntualidad—, decidí sentarme en un banco de la plaza. Era primavera y hacía una temperatura muy agradable. Ojeaba *reels* estúpidos de cómo perder peso sin ir al gimnasio, intentando compensar mi tarde de Guernica, cuando escuché la voz de mi madre.

—Mi hija, Federica, Adolfo y su sobrino, Matías. Levántate y saluda, hija.

Aunque entiendo que quería provocar el efecto contrario, mi madre siempre me hacía sentir como una retrasada mental.

Pegué un salto del banco a la vez que saludaba.

Matías llevaba una americana clara que resaltaba el moreno de su piel. Sacó la mano del bolsillo para estrechar la mía, a la vez que dejaba entrever su torso y abdomen. Luego se tocó el flequillo para apartarlo de sus ojos y me sonrió.